

Las revistas de sociología y las revistas socialistas francesas leen contemporáneamente (1895) *Las reglas del método de Durkheim.*

Alcances y derivas de su primera recepción vernácula

Pablo Nocera (UBA)

hcs1_nocera@yahoo.com.ar

La sociologie ainsi entendue ne sera ni individualiste, ni communiste, ni socialiste, au sens qu'on donne vulgairement à ces mots. Par principe, elle ignorera ces théories auxquelles elle ne saurait reconnaître de valeur scientifique, puisqu'elles tendent directement, non à exprimer les faits, mais à les réformer.

Émile Durkheim

Introducción

En la extensa *Introducción* que iniciaba su tesis doctoral —*La division du travail social*—, presentada en 1892 y publicada un año más tarde, Durkheim había bosquejado algunas cuestiones metodológicas que sostenían, por entonces, el fundamento de su «ciencia de la moral». En la segunda edición de 1902, suprimió una «treintena de páginas» de esa parte del texto, porque ya estaban sistemáticamente planteadas en *Les règles de la méthode sociologique*. Publicado como libro en 1895, este texto tuvo una primera difusión en formato de artículos en la *Revue Philosophique*, en dos tiradas, en los volúmenes 37 y 38 de 1894. Inmediatamente luego de su publicación —en los dos formatos—, el trabajo tuvo una recepción amplia, materializada en una considerable cantidad de reseñas y artículos alusivos, muchos de los cuales, se concentraron en revistas contemporáneas. Tomando como referencia las respuestas inmediatas, entre las publicaciones dedicadas especialmente a la filosofía, en la misma *Revue Philosophique* y en la *Revue de métaphysique et de morale*, aparecieron reseñas y artículos concernientes a *Les règles*; entre las publicaciones de alcance más amplio, no exclusivamente universitario, también se publicaron trabajos en alusión al texto en la *Revue Universitaire*, la *Revue politique et littéraire* y *La nouvelle Revue*; del mismo modo que también encontramos una reseña en la *Revue d'économie politique*.

En ese universo de consideraciones y explícitas menciones que se extendieron, incluso, ya en el cambio de siglo, un *corpus* más reducido de aportes concentra, en estas líneas, nuestra atención. Se trata de un conjunto de publicaciones que, dedicadas especialmente a la sociología y al socialismo de cuño francés, también tomaron como objeto de interés *Les règles*. Más allá de los límites que impone este espacio ¿qué justifica específicamente este recorte? En primer lugar, el tenor de la obra volvía central, obviamente, su consideración por parte de publicaciones orientadas específicamente a la sociología. En segundo lugar, en la década de 1890, emergieron varios trabajos que pusieron bajo la lupa los vínculos entre ciencia social, sociología y socialismo. En tercer término, la novel sociología en Francia cobija un primer intento de institucionalización y autonomización disciplinar que es algo previa a los primeros aportes de peso de Durkheim y que en varios aspectos discrepa con sus fundamentos. En cuarto lugar, porque tanto en la mirada de la sociología en gestación, como la de las posiciones socialistas con proyecciones teóricas que condensaron las publicaciones que habremos de comentar, la perspectiva durkeimiana ofrecía no sólo un punto de referencia innovador, sino también un modelo en competencia para pensar el fundamento científico de las intervenciones prácticas (i.e. políticas) que sociología y socialismo perseguían por igual, en el telón de fondo de la Tercera República.

Tomando como límite temporal las reseñas y artículos publicados sobre *Les règles* entre 1894 – 1897, es decir, el año de la primera difusión de la obra en formato de artículos, hasta la aparición del libro de Durkheim *Le suicide* –obra en la cual intentará desplegar parcialmente la metodología antes expuesta—, el escrito se propone, a) caracterizar someramente las publicaciones de referencia, encuadrando los trabajos de reseñas y artículos en los cuales se interpela el escrito de Durkheim, b) explorar las posiciones críticas y valoraciones allí volcadas por los distintos colaboradores, y c) reconstruir algunos ejes en torno a los cuales se desplegaron ciertas polémicas que Durkheim protagonizó los años venideros.

Las Revues francesas centradas en la sociología y el socialismo (1880-1897)

Con el inicio de la experiencia de la República, las transformaciones políticas del medio galo también impactaron notablemente en el plano educativo. Las tensiones que desde el Segundo Imperio sacudían el campo de la filosofía, jalonadas entre el espiritualismo (filosofía oficial) y el positivismo, se evidenciaron como un señero diagnóstico que supo plasmar Paul Janet (1823-1899) en 1865 en *La crise philosophique*. En sus páginas se advertían las dificultades que la filosofía evidenciaba como saber totalizador, frente al irrefrenable andar con el que se abrían paso las ciencias sociales. Muchas de ellas comenzaron a plasmar sus nuevos puntos de vista en publicaciones especializadas que, con adyacencias y solapos, disputan límites disciplinares, objetos de estudio y abordajes metodológicos. Dos exponentes fueron prototípicos. Con un lanzamiento simultáneo en 1876 y bajo el mismo sello editorial (Felix Alcan) vieron la luz los primeros números de la *Revue Philosophique de la France et de l'étranger*, bajo la dirección de Théodule Ribot (1839-1916), y la *Revue Historique de la France et de l'étranger* bajo la dirección de Gabriel Monod (1844-1912); ambas publicaciones fijaron una matriz para la difusión, debate e intercambios de dos disciplinas, a las que colaboraron en constituir y afianzar, como fueron la psicología y la historia respectivamente (Tèsniere, 2001: 60-61).

La *Revue Philosophique* es particularmente importante en el contexto que estamos reponiendo, por el modo en que cobijó la variopinta emergencia de los saberes sociales. Desde la propia filosofía, la psicología, la psiquiatría, la criminología, la antropología hasta la naciente sociología, en sus páginas se dieron cita exponentes múltiples de heterogéneas extracciones teóricas, muchos de los cuales nutrieron en su interior recurrentes polémicas. Aunque la publicación no desagregó temáticamente los artículos que engrosaban sus números, puesto que, en buena medida, cada campo de conocimiento era visto como una especificación y concreción de la mirada filosófica –ahora en clara sintonía con una vocación científica—, entre sus colaboradores más recurrentes, la psicología fue la temática mayoritaria en convocatoria (Mucchielli, 1998: 275). De igual modo, también se sumarían importantes contribuciones que ya recreaban explícitamente el novel punto de vista sociológico. Entre las más prominentes se encontraban las de Gabriel Tarde (1843-1904), Alfred Fouillée (1838–1912), Alfred Espinas (1844-1922), Marcel Bernès (1865–1946), Herbert Spencer (1820-1903) y, claro está, las del propio Durkheim.

Como contraparte del emprendimiento de Ribot, en 1893 ve la luz el primer número de la *Revue de métaphysique et de morale*, bajo el impulso de sus tres jóvenes fundadores: Xavier Léon (1868-1935), Elie Halévy (1870-1937) y Léon Brunschvicg (1869-1944). A diferencia de la *Revue Philosophique*, esta otra publicación buscaba recuperar la especificidad de la filosofía, a contra

mano de la dispersión y desmembramiento en las distintas ciencias que aquella otra acompañaba. Su norte fundacional tenía como prioridad «las ideas y no los hechos» enfocando de modo central la teoría del conocimiento, la teoría de la existencia y la de la acción (Darlu, 1893: 2-3). A pesar de explicitar este horizonte, la *Revue de métaphysique* no será indiferente a la producción en ciencias sociales; entre sus colaboradores habrá miradas críticas que no dejarán pasar la posibilidad de escrutar a la psicología y la sociología, dos formas prominentes de expresión del creciente interés científico por las llamadas «*questions pratiques*». Será ese, justamente, el nombre de la sección que, a partir de 1895, comenzará a lidiar con materias más prosaicas y, en varios casos, vinculadas más o menos directamente con la coyuntura. No es menor advertir, en ese contexto, cómo ese interés se orientó explícitamente hacia la sociología, dando lugar a una entera sección que llevaba por título «*L'année sociologique*». Paul Lapie (1869-1927) fue el responsable de la sección en 1895-1896, y lo continuó François Simiand (1873-1935), haciendo lo propio en los números de 1897-1898. En sus páginas, se reseñaron obras de sociología cuyos autores más destacados fueron Tarde, el propio Durkheim, así como las iniciativas de René Worms (1869-1926) y su amplio grupo de colaboradores.

El propio Worms fue la figura destacada que impulsó la organización institucional de la sociología francesa por esos años. Su diagnóstico sobre su gestación, así como la experiencia de otras ciencias sociales en previa consolidación, lo convencieron de la necesidad de crear instituciones que pudieran contener y promover este nuevo campo de conocimiento. Así es como en 1893 funda el *Institut International de Sociologie* y en 1895 suma la *Société de Sociologie* (Geiger, 1981: 347-348). En ese perímetro institucional, el sello editorial *Giard et Brière* patrocinará la *Revue internationale de sociologie* y los *Annales de l'Institut international de sociologie*, al tiempo que también pondrá en movimiento la colección *Bibliothèque Sociologique Internationale*, todas ellas bajo su atenta dirección. En sus páginas se dará una amplia difusión a la obra de autores de origen ruso, como Jacques Novicow (1849-1912); italiano, como Scipio Sighele (1868-1913); polaco, como Ludwig Gumplowicz (1838-1909); y estadounidenses, como Franklin Giddings (1855-1931) y James Balwin (1861-1934), entre otros. En el plano local, además del propio Worms y Tarde, sumó a Charles Letourneau (1831-1902) y Guillaume-Léonce Duprat (1872-1956) entre los más reconocidos. Conviviendo no siempre de forma armónica, con solapos, discrepancias y desavenencias, a grandes rasgos, la mirada organicista y una sociología de cuño psicológica o psicología social fueron las perspectivas teóricas que primaron en la *Revue*.

El primer artículo del número inaugural de la *Revue*, de autoría de Worms, lleva por título «*La sociologie*» y allí delinea un semblante de la organización que la disciplina debiera realizar a futuro. Partiendo de una definición de las ciencias sociales como aquellas que tienen origen en una preocupación práctica (historia, filosofía, etnografía, ciencia de las religiones, psicología comparada y antropología criminal, componen el grupo por él mencionado), advierte al lector que en la actualidad «carecen de una verdadera coordinación» (Worms, 1893: 5).¹ A pesar de no hallarse por completo aisladas, plantea que los especialistas que se abocan a ellas todavía no han tomado conciencia de su vínculo necesario y de su profunda unidad. Así es como a pesar de haber importantes materiales para construir «el edificio de la ciencia total de las sociedades [...], todavía nos resta organizar la sociología» (Worms, 1893: 6). Con esta perspectiva integradora, a su juicio, las ciencias sociales aún deben hallar cuál es la *unidad o átomo social* que se encuentra en todos

¹ Todas las traducciones son propias

los fenómenos que la sociedad reproduce en general. A Frédéric Le Play (1806-1882) le tocó haber dado un primer paso pensando a la familia como esa unidad, a pesar de las limitaciones que por simplificación y reducción expone, dada sus mutaciones actuales. La búsqueda de esa unidad social, con independencia de los cambios que con el tiempo haya sufrido, sería para Worms, el problema central de la *sociología general*. Tomando por analogía a la biología, el autor apela a la necesidad de distinguir entre una *sociología descriptiva* y otra *sociología comparada*. La primera ofrecerá los datos recolectados a la segunda, cuya labor será efectuar comparaciones sistemáticas, y concluir a partir de ellas en corolarios (Worms, 1893: 9-10). Con esa hoja de ruta el director de la *Revue* se pregunta sintéticamente: «Si la sociología, aun cuando utiliza materiales acumulados por las ciencias sociales existentes es, no obstante, una ciencia nueva, cabe preguntarse cuál debe ser su método» (Worms, 1893: 12). La respuesta apuntará a rescatar los empleados por la historia, la filología, los procedimientos monográficos y estadísticos, a saber, cuatro fases que involucran de manera consecutiva la observación, la clasificación, la inducción y la deducción. En todos ellos, Worms cifra el éxito mismo de un programa que honra también este artículo: la vocación de intervención práctica de la disciplina.

Los lineamientos generales de la revista tendrían su contraparte institucional en el *Institut International de Sociologie*. Según sus estatutos, su finalidad primaria era congrega sociólogos de países diversos con miras a realizar el estudio común de cuestiones sociológicas. De igual modo, su composición contaría con cien miembros y doscientos asociados, cuyas reuniones se plasmarían con una frecuencia anual en un Congreso, con sedes que tendrían por ubicación, en la medida de lo posible, ciudades de diferentes países (1895: VI). Los *Annales* serían, en consecuencia, el testimonio periódico de la labor desplegada en los Congresos, cuya participación estaba limitada a los miembros y asociados del *Institut*. En esos términos, la primera edición de la convocatoria se realizó en 1894 en París, período en el cual el *Institut* contaba con la presidencia del inglés John Lubbock (1834-1913), la vicepresidencia compartida en manos del italiano Enrico Ferri (1856-1929), el ruso Novicow, el alemán Albert Schäffle (1831-1903) y el compatriota Gabriel Tarde; Worms ocupaba el cargo de Secretario General. Mientras la presidencia y la vicepresidencia compartida cambiaban sus responsables anualmente, la Secretaría quedaba siempre en manos de Worms. En el discurso inaugural del Congreso –debidamente transcrito en el primer volumen de los *Annales*—, este último rubricaba el horizonte metodológico de la naciente sociología, en el que ponderaba, nuevamente, la observación, la experimentación y la clasificación (Worms, 1895:14). Como espacio paralelo a la *Revue*, los *Annales* cobijaron de manera vívida los lineamientos, contrapuntos, divergencias y derivas que las posiciones del *Institut* congregaban, diversidad potenciada, en gran medida, por la buscada pluralidad nacional de las extracciones de sus miembros. En las páginas de ambas publicaciones convivirán manifiestas posiciones socialistas, no necesariamente sostenidas a lo largo de los números, pero que a menudo contaban con la explícita crítica y divergencia de parte del director.

Entre las revistas francesas de manifiesta orientación socialista que poblaron las últimas décadas del siglo XIX, un pequeño grupo de ellas, aunque significativo, planteó una proyección, diálogo e intercambio explícito con las *sciences sociales*. La primera que debemos considerar fue la *Revue Socialiste*. Apareciendo en 1880 con el subtítulo *Organe bi-mensuel de la science sociale*, y bajo la dirección de Benoît Malon (1841-1893) tuvo un inicio infructuoso, que ameritó un relanzamiento en 1885 ya sin el subtítulo original. En el *Programme* del primer volumen (20-01-1880), pregonaba

que en el marco de la «*elaboración colectiva del socialismo científico*» la revista «[...] sería para el socialismo un inventario permanente de todas las adquisiciones de la ciencia social, un centro de informaciones, de discusión y de serenos estudios» (1880: 7-8). De manera análoga, en el nuevo número preliminar del relanzamiento, su director explicitaba aquel vínculo con elocuencia: «Con toda la fuerza del término, la *Revue Socialiste*, será un foco de elaboración colectiva de la ciencia social y el terreno neutro en el que todos los socialistas podrán dar a conocer al público sus reivindicaciones, sus protestas o sus teorías, más allá del grupo político al que pertenezcan» (Benoît, 1885: 3). Al fallecimiento de Malon en septiembre de 1893, la dirección de la *Revue* quedará en manos de Georges Renard (1847-1930) hasta 1898. Previamente a ocuparse formalmente de la dirección, Renard mantendrá un intercambio epistolar con Worms y aportará a su *Revue internationale* un par de colaboraciones hasta el quiebre del vínculo en 1895 (Consolim - Mosbah-Natanson, 2023: 282-283). Bajo el lapso de su dirección, *Les règles* serán objeto de reflexión en un par de reseñas.

También en 1880 vio la luz otra publicación próxima en espíritu, bi-nacional, con sede en París y Zurich, y cuyo título era *L'ordre social. Revue mensuelle des sciences sociales*. Con una breve duración de apenas seis meses, aportó artículos sobre el socialismo, cuyo tratamiento fue simultáneo a consideraciones de índole sociológica, aunque a diferencia de la *revue* de Malon, aquí la sociología no era considerada, *stricto sensu*, como fundamento científico de aquél (Mosbah-Natanson, 2006: 439-440). De manera análoga a esta última, en 1894 comienza a editarse *Le Monde nouveau: organe sociologique, littéraire, scientifique, politique, illustré*, revista que se reconoce explícitamente en la perspectiva tanto sociológica como socialista. Con la figura de Arthur d'Anglemont (1821-1898) como secretario de redacción, la publicación se propone constituirse en un «órgano sociológico» para poder cimentar científicamente las bases de una «regeneración social» de cara a alcanzar como objetivo «le bienestar universal» (Mosbah-Natanson, 2006: 440-441). En estas dos publicaciones, casi no se toman en consideración las obras contemporáneas como objeto de reseñas bibliográficas.

Una consideración especial merece la iniciativa que corporiza, en un principio, *L'ère nouvelle. Revue mensuelle de socialisme scientifique*, publicación que se erige como la primera revista teórica marxista de Francia. Publicada entre julio de 1893 y noviembre de 1894, bajo la dirección del rumano Georges Diamandy (1867-1917) la revista declaraba que «[...] en literatura y en arte, como en ciencia y sociología, nuestro criterio será provisto por el materialismo económico, cuyo descubrimiento se debe al genio de Marx y de Engels» (citado en Prochasson, 1994: 120). A pesar de esta explícita orientación, entre sus filas cobijó a colaboradores de amplia extracción socialista, entre los que se destacaron Paul Lafargue (1842-1911), Alexandre Millerand (1859-1943) y en especial George Sorel (1847-1922). Este último será una pieza clave de la continuidad que esta publicación tendrá en su sucesora, *Le devenir social. Revue internationale d'économie, d'histoire et de philosophie* que, desde abril de 1895 hasta diciembre de 1898, ofrecerá a sus lectores alrededor de cuarenta números. Contando con una dirección múltiple que además de Sorel y Lafargue suma a Alfred Bonnet (1866-1933) y Gabriel Deville (1854-1940), *Le devenir social* mantuvo profusamente la vocación teórica encausada por el marxismo (sin ser la única publicación con esa explícita orientación entre las socialistas), buscando, a juicio de Lindenberg «la cristalización del 'marxismo latino', sobre todo de base italiana, que habría podido presentar una alternativa a la osificación del marxismo de la socialdemocracia alemana» (1975: 119). Con ello, daría lugar a la

reacción «ortodoxa», frente a las formas emergentes del revisionismo-reformismo marxista. A la par que la publicación tenía como objetivo lograr una clarificación de las posiciones marxistas, de igual modo, apuntaba a difundir el marxismo entre un público de intelectuales, que en su mayoría mostraba cierto hermetismo frente a ciertas ideas innovadoras (Sand, 1985: 57-58). Sorel será un eslabón fundamental para llevar adelante esos objetivos, y no será casual que sea —en consonancia con ello— el autor de dos extensos artículos dedicados a *Les règles* de Durkheim.

La *Revue Internationale* y *Les règles*: Worms lee en detalle y Fouillée en contexto

Dos años antes, en el primer número de la *Revue*, Worms había dedicado una escueta notificación sobre la tesis doctoral de Durkheim (Nocera, 2022: 16), en las que vindicaba las dotes del joven tesista y los alcances de su propuesta, donde veía —con agrado— solapos con las perspectivas de Spencer. El tenor cambia en las posiciones vertidas en el n° 3 de 1895. Dentro de la sección «*Revue des Périodiques*» y reseñando con detenimiento la labor que viene desempeñando la *Revue Philosophique* de Ribot (atención que no le había concedido a esta revista en los números previos) Worms valora los aportes que la revista insignia de la época viene realizando al campo de la sociología. No es casual que señale, entre ellos, las múltiples colaboraciones de Tarde y de Fouillée en la materia (Worms, 1895: 160). En ese contexto, le reconoce que con los cuatro artículos de Durkheim de mayo a agosto de 1894 (la primera aparición de *Les règles*), se ha efectuado «[...] la más importante contribución que esta revista había aportado recientemente a nuestra ciencia» (ídem: 160). Al tiempo que le destaca a Durkheim como el titular del primer curso oficial dedicado a la ciencia social en las facultades francesas (Bourdeaux), así como los aportes de su *Division du travail*, sin más rodeos, el «*fait social*», tal como lo enuncia y caracteriza Durkheim, reclama toda su atención. Si bien coincide, en principio con este último, en que el hecho social debe ser distinguido tanto del hecho fisiológico como del psicológico, con miras a dar con su especificidad, i.e. «la acción de la colectividad sobre el individuo», Worms no puede compartir cómo es que ese hecho puede existir «independientemente de sus manifestaciones individuales»; a fin de cuentas, tanto las formas de pensar como de actuar, son, a su juicio, propias de los individuos. Esta posición del sociólogo alsaciano, a la que Worms considera una «exageración», es acompañada por otra crítica: que «la acción propiamente social [...] le parece manifestarse exclusivamente por una *coerción* ejercida sobre cada individuo por el grupo en su totalidad» (ídem: 161). Para Worms, la coerción es sólo una de las características de una parte de los hechos sociales, pero no de todos. Así es como rescata a Tarde y la centralidad que éste le concede a la *imitación* como la nota característica de los fenómenos sociales. Sin embargo, en ese contrapeso en la perspectiva, que a su juicio ofrece Tarde en sus *Lois de l'imitation*, también advierte una «doctrina unilateral» que tampoco podría ser admitida con exclusividad. Tanto el sistema de uno, como el del otro no son más que «fragmentos de la verdad total». Intentando una síntesis superadora, Worms concluirá: «El hecho social es todo hecho de organización colectiva bajo la acción, ya sea de circunstancias comunes que influyen sobre un conjunto de seres humanos (identidad de medio físico, de organización biológica y mental, presión de sociedades externas) o bien de esos individuos influyendo espontáneamente unos sobre otros. Estas acciones se operan tanto por coerción, como por atracción imitativa» (Worms, 1895: 161-162).

La reseña recalca luego en las posiciones durkheimianas relativas a la observación de los hechos sociales, pero detiene especialmente la atención en la distinción estipulada entre lo *normal* y lo

patológico. El punto álgido al que Worms remite, y que considera «sorprendente», se centra en la consideración durkheimiana del crimen como un fenómeno normal. Recuperando la crítica reciente de Tarde vertida en la *Revue Philosophique* (1895 n°: 39) en el artículo «*Criminalité et santé sociale*», Worms cita las estadísticas (especialmente las del caso inglés) en las que se advierte cómo los crímenes han disminuido sensiblemente a lo largo de la última centuria. Su corolario es categórico: Durkheim razona *a priori*, y sus conclusiones no responden a la experiencia. Sin embargo, de igual modo, rescata que Durkheim reconozca la importancia de la observación y caracterización de los hechos sociales de acuerdo al «estadio evolutivo» en el que se encuentran. Finalmente, los dardos se dirigen, en especial, a los fundamentos con que Durkheim justifica la explicación en sociología, y su afán desmedido en distinguir el plano sociológico del psicológico. Por esa razón, la reseña de Worms concluye: «Crea un abismo entre la sociología, por un lado, y la psicología y la biología por otro, un abismo infranqueable que, en nuestra opinión, no existe en la realidad. Sin dudas, la labor del sociólogo consiste en distinguir entre los fenómenos colectivos de aquéllos que son puramente individuales; pero debemos tener cuidado de que estas distinciones se introduzcan sólo por necesidades del análisis, y que objetivamente haya continuidad, allí donde nuestro pensamiento se ve forzado a colocar la división» (Worms, 1895: 165). En ese registro la crítica de Worms se hermanaba con las consideraciones que también en la misma *Revue* difundía Fouillée.

Bajo un título integrador, «*Les études récentes de Sociologie*», Fouillée llamaba la atención en el mismo número de la *Revue* sobre *Les règles* de Durkheim. La enmarcaba en la amplia producción que, en la materia, venía ofreciendo un nutrido grupo de autores, la gran mayoría de los cuales, tenía a la revista de Worms como plataforma de difusión. A partir de una genealogía obligada que tomaba a Auguste Comte (1798-1857) como punto de partida, Fouillée reponía una serie de interrogantes fundamentales para pensar la reflexión basal de la joven sociología: «¿Qué es una sociedad? ¿En qué difiere del individuo? ¿Cuál es el hecho social más elemental? ¿La sociedad es un organismo vivo o una simple reunión de individuos?» (Fouillée, 1895: 813). En el rosario de múltiples respuestas, las cuestiones de método y objeto recorren las síntesis y contrapuntos que Fouillée repone sucintamente a través de Numa Fustel de Coulanges (1830-1889), Lubbock, Paul von Lilienfeld (1829-1903), Ludwig Gumplowicz (1838-1909), Maksim Kovalevsky (1851-1916) y Georg Simmel (1858-1918), la totalidad de los cuales –salvo el primero— participaban del *Institut* y colaboraban en la *Revue*. Sin embargo, la mayor atención la concentran Tarde y Durkheim. De manera análoga a Worms, Fouillée invoca la «exageración» durkheimiana: si la «*contrainte collective*» es la fuerza que constituye el lazo social, el sociólogo alsaciano termina cayendo en un «determinismo colectivo». Sin ahorrarse algunas críticas también a la noción de *imitación* de Tarde, y revisando el alcance de sus formulaciones apoyadas en el peso definitorio que la psicología individual tiene para éste, la *creencia* y el *deseo*, vueltas sociales por medio de la imitación, valora, no obstante, la posiciones de este último volcadas en su reciente libro *La logique sociale*. La cercanía de Fouillée con Tarde se torna palpable como contraparte de la crítica a Durkheim; hacia el final del artículo, no dudará en resaltar –de modo próximo nuevamente a Worms— que «[...] nos parece imposible excluir, con Durkheim, las consideraciones psicológicas del dominio propio de la sociología» (Fouillée, 1895: 825).

A pesar de sus divergencias, tanto Worms como Fouillée se hacen eco de un contrapunto que ese mismo año de 1895 comenzaba a tensar de modo cada vez manifiesto las divergencias entre

Durkheim y Tarde. La aparición de *Les règles* será la oportunidad más nítida para expandir y proyectar, con un alcance mayor, las críticas que el propio Tarde ya venía presentando de manera sostenida tanto al organicismo en sociología (Spencer y sus derivas), como al biologismo en criminología (Lombroso y sus seguidores).

Los Annales y Les règles: Tarde y la sociología elemental

Con motivo de la publicación de la *Division du travail*, Tarde ya le había dedicado a Durkheim, en 1893, una cuidada reseña con un amplio abanico de consideraciones, tanto positivas como críticas (Nocera, 2022: 8-10). La publicación de *Les règles*, en la *Revue Philosophique* primero, y como libro después, habilitará nuevamente la crítica tardeana, pero sin pasar, ahora, por el formato de reseña. Con un abordaje múltiple, Tarde dedicará no pocas páginas a la nueva obra de Durkheim en tres publicaciones simultáneas: un artículo, un prefacio y una comunicación de Congreso. En primer lugar, en la *Revue Philosophique* –como ya referimos— el artículo titulado «*Criminalité et santé sociale*», pone bajo análisis el crimen y su pretendido carácter normal; el planteo durkheimiano conmueve la sensibilidad criminológica de Tarde; éste responde con contundentes invectivas. La pelea que junto a Alexandre Lacassagne (1843-1924) había librado Tarde contra el positivismo criminológico italiano, volvía la temática particularmente cercana a sus preocupaciones teóricas. En segundo lugar, en el *Préface* de *La logique sociale* –el cuarto libro de Tarde editado también en 1895—, los dardos contra Durkheim vuelven a aparecer, escalando las impugnaciones con enunciados de la talla de: «Durkheim nos devuelve al centro de la escolástica. Sociología no quiere decir ontología» (Tarde, 1895a: VI). Finalmente, en los *Annales* aparece publicada su comunicación presentada en el I Congreso de Sociología de 1894 con el título «*La sociologie élémentaire*». En sus páginas, Tarde afinará sus propias posiciones, escrutando los enunciados presentados en *Les règles*.

Segmentado en dos secciones, este último trabajo de Tarde describe, en la primera, el hecho social elemental, a saber, «la comunicación o la modificación de un estado de conciencia por la acción de un ser consciente sobre otro» (Tarde, 1895b: 211) y en la segunda, a su juicio, cuál es el grupo social elemental: «las familias, o más bien, digamos, *los que comparten la misma casa [maisonnés]* (Idem, 234). A partir de esos dos ejes, comienza a señalar las limitaciones en las posiciones de Durkheim, exponiendo la gran mayoría de las críticas en la primera sección. La primera de ellas atañe al interés durkheimiano por «exorcizar [la sociología] expulsando fuera de ella la psicología que, al parecer, no sería su alma como lo creyeron hasta hoy todos sus fundadores» (Ídem: 213). Tarde cuestiona radicalmente la posibilidad de pensar la existencia de la sociedad «por fuera de todos los individuos»; Durkheim daría lugar a una «ilusión ontológica». En ese mismo registro, el magistrado desmenuza varias sentencias durkheimianas mostrando lo que en realidad encierran, mal que le pese al autor: «[...] el carácter eminentemente social o más bien *socializante* de la repetición imitativa» (Ídem: 215 –bastardilla original). Del mismo modo, fustiga con ahínco la manera en que Durkheim intenta deslindar lo individual de lo colectivo, y cuyas dificultades se patentizan, de manera palmaria, cuando el sociólogo de Bourdeux intenta distinguir tajantemente lo general de lo colectivo: «Ha llevado al límite todas las tendencias dispersas para una sociología emancipada, liberada no sólo de la biología, cosa que era necesaria, sino también de la psicología, cosa que resulta imposible, atrincherada en su dominio vacío, invisible e

imaginario» (Ídem: 221). En términos próximos, Tarde también cuestiona la coerción como atributo distintivo del hecho social. Y para ello recalca, con perspicacia, en la reflexión sobre la coacción en el niño, antes que en el adulto. Le reconoce a Durkheim que el niño sufre la coerción en la educación, pero también impera en ella formas de aprendizaje que se dan por medio de la imitación. La misma imitación que campea en el proceder de las multitudes y que el propio Durkheim reconoce en las páginas de *Les règles*.

Ahora bien, quizá el argumento que más fustiga Tarde sea la convicción durkheimiana relativa a la diferencia específica entre la suma de individuos y el colectivo que de ella emerge. En palabras del magistrado: «[...] nada es más banal que esa idea de que una combinación difiere o puede diferir enteramente de sus elementos, y de que del simple acercamiento de estos pueda surgir una realidad enteramente nueva, no preexistente bajo otras formas» (Ídem: 221). Esta «fantasmagoría ontológica» de Durkheim es la que a juicio de Tarde lo ubica bajo la «sombra misma del misticismo» y lo lleva a recaer en un equivalente de las «ideas platónicas». En consecuencia, invirtiendo palmo a palmo los dichos de Durkheim, Tarde afirma: «[...] descartado lo individual, lo social no es nada, y que en la sociedad no hay nada, absolutamente nada, que no exista, en un estado de fragmentación y de repetición continua, en los individuos vivientes, o que no haya existido en los muertos de los cuales proceden» (Ídem: 222).

Finalmente, Durkheim es impugnado como un ejemplo más de las invocaciones conceptuales que hacen los representantes de la sociología de cuño organicista. Tarde denuncia el estatus de «fetiche» que adquirió la noción de *medio (milieu)*. Aunque su utilización por parte de Durkheim no repetiría las debilidades de otros contemporáneos, el magistrado impugna el uso que aquél (como *medio social interno*) hace del término para sostener el modelo explicativo que detallaba en el capítulo V de *Les règles*, y que se coronaba en la sentencia «lo social se explica por lo social». Los resabios fisiologistas de la noción (aunque Tarde no lo explicita sabemos que remiten a los aportes de Claude Bernard [1813-1878]) diluyen y escamotean la única realidad que sustenta cualquier fenómeno social, y que retóricamente Tarde describe con este interrogante: «¿qué pueden ser estas propiedades del medio social interno o externo, sino todo lo que está contenido en las nociones y los recuerdos, en las aptitudes y hábitos, en el fondo de los cerebros reunidos en sociedad?» (Ídem: 226). La denuncia a ese «medio-fantasma» es la que corona la imposibilidad de disociar lo individual de lo social, e inhibe, por consiguiente, cualquier intento de deslindar la psicología de la sociología.

Toda esta batería de críticas, llamativamente, arrinconan en la mínima expresión, la consideración tardeana a cerca de la importancia de un proceder metodológico a la hora de hacer sociología. De modo escueto y simplificado se limita a afirmar: «[...] creo que el mejor método para cada uno de nosotros es el que nos hacemos estudiando, como los pueblos primitivos hacen sus costumbres y su legislación originales, actuando. Lanzándose al agua es como se aprende a nadar» (Ídem: 226). Así como la filosofía social de Tarde declaraba con esto, que su planteo no retomaba los cánones científicos provenientes de la medicina que en ese momento imperaban, en otro registro, las críticas procedentes de las publicaciones socialistas, retomarán sendas análogas.

La *Revue socialiste* reseña escuetamente *Les règles*

A diferencia de la cuidadosa atención concedida con antelación a la *Division du travail*, con la extensa reseña de Georges Platon (1859-1917) aparecida en el n° 19 de 1894, el espacio y detenimiento otorgado aquí a *Les règles* es sensiblemente menor. En principio puede pensarse que la temática de la tesis doctoral durkheimiana resultaba más afín a las preocupaciones teóricas colectivistas (Nocera, 2022: 14-15) que cobijaba la publicación. Aprovechando la divulgación previa como artículos, *Les règles* es considerado en los dos números de 1894, en ambos casos por el mismo colaborador: Paul Lagarde (¿?-¿?). En el mismo número 19, en la sección *Revue des revues*, en la sub-sección *Philosophie et littérature*, Lagarde repasa una serie de aportes publicados en la *Revue Parisienne*, en la *Revue Blanche*, en la *Revue internationale de sociologie*, en *L'ère nouvelle* y en la *Revue Philosophique*, en donde había aparecido la primera mitad de *Les règles*. Elogiosamente considera a Durkheim como poseedor de «[...] un espíritu admirablemente preciso y lógico; [donde] su largo análisis es una cadena cerrada de deducciones casi matemáticas. Es un trabajo exacto como el del geómetra» (Lagarde, 1894: 624). A partir de allí, en este número sólo concentra la atención en la definición del hecho social, y en la regla relativa que prescribe considerarlo como «cosa», advirtiendo que el método es la única garantía que podría sacar a la sociología —al igual que sucede con otras ciencias— de su carácter «ideológico, metafísico».

En la misma sección y subsección del n° 20, también de 1894, Lagarde vuelve a revisar aportes publicados en la *Revue internationale de sociologie* y, claro está, los de la *Revue Philosophique*, en donde había aparecido la segunda parte de *Les règles*. La atención ofrecida es muy recortada en comparación con la otorgada a Léonce Manouvrier (1850-1927) en sendos artículos publicados en la revista de Worms. La referencia vuelve a resaltar la necesidad que expresa Durkheim de dejar atrás el abordaje ideológico, pero llamativamente no concentra la atención en las cuestiones de objeto, ni la distinción entre lo normal y lo patológico, tal como lo habían hecho no pocos contemporáneos.

Esta veloz notificación se compensa con una breve reseña efectiva en el n° 22 de 1895, a cargo de Léon Claux (¿?-¿?), para quien, *Les règles* condensaban aquello que Durkheim había desplegado con antelación en *La division du travail*. Sin apreciaciones críticas, la exposición rescata el modo en que el sociólogo de los hechos sociales clama por el alejamiento del sentido común a la hora de hacer ciencia —fundamental en el proceder sociológico— al tiempo que señala como Durkheim se intenta separar de algunas aristas del legado de Comte, Spencer y Mill. Así las cosas, refiere a los títulos de cada uno de los capítulos, con vistas a sintetizar el método durkheimiano como, a) independiente de todo sistema filosófico o doctrina práctica, b) objetivo, porque trata a los hechos sociales como «cosas» y c) autónomo de otras ciencias, porque posee una «personalidad distinta» (Claux, 1895: 125-126). Sin más, rescata de igual modo que, ya publicado como libro, la obra generó en la *Revue Philosophique*, una interesante discusión con Marcel Bèrnes (1865-1946), exponente de la sociología de Montpellier. A diferencia de estas sucintas consideraciones, *Le devenir social* dedicará una de las colaboraciones más extensas y detenidas a la metodología durkheimiana.

Le devenir social escruta Les règles: Sorel y las teorías de Durkheim

Desde el comienzo del análisis planteado por Sorel —en mucho más que una mera reseña— queda claro al lector, que Durkheim será considerado a partir del modo en que rechaza al socialismo: «El autor se pronuncia, con gran fuerza, contra el socialismo. Sostiene que todas las investigaciones hechas hasta el momento sobre el valor, no guardan un verdadero carácter científico» (Sorel, 1895a: 1). En ese registro es que, de igual forma, reconoce en Durkheim que «el socialismo tiene frente a sí un adversario de primer orden». Sorel considera que los dichos durkheimianos no son equiparables a una postura liberal, que *La division du travail* había dejado claro que la intervención del Estado y la organización eran necesarias para el funcionamiento de la economía; esas perspectivas le daban al sociólogo alsaciano un «esprit très progressiste», y eran cuestiones que lo tornaban un «teórico [...] que a la vez es un metafísico de una rara sutileza y un científico perfectamente armado para la lucha» (Ídem, 2). Sorel es consciente que Durkheim es de los mejores exponentes que la novel sociología ofrece para pensar los fundamentos científicos de un estudio de la sociedad, contraparte del carácter científico pregonado por el autor de *El Capital*.

En esa tónica se comprende claramente porqué Sorel cuestiona la concepción de ciencia que presenta Durkheim en *Les Règles*. A su juicio, su teoría de los *hechos sociales* no haría más que reproducir la doctrina de las «*choses en soi*». Enfatizando que la ciencia no debe ocuparse ni de esencias ni de naturalezas sino de determinar relaciones, le objeta a Durkheim que las relaciones sociológicas que el autor intenta explicar se encuentren fundadas sobre «hechos corregidos», de los que se hacen desaparecer las «individualidades excéntricas» tomando de cerca los casos más numerosos, agrupados en torno a las medias. A juicio de Sorel, mediando ese proceder, no se puede separar el arte de la ciencia (Sorel, 1895a: 3). A pesar de esos señalamientos, y comparando la sociología como la entiende Durkheim con la meteorología, rescata la invocación que el sociólogo hace de la noción de *frecuencia* como medio para apreciar la generalidad de los fenómenos sociales. Sin embargo, eso no es óbice para que también concentre la crítica en dos aspectos poco reseñados en la metodología durkheimiana: su concepción de la causalidad y de la administración de la prueba. En primer término, Sorel considera que la sociología, así entendida, no puede hacer extensiva la noción de causalidad tal como se la utiliza en la física o en la química, dada la concepción que Durkheim tiene de los hechos sociales: «¿Pero cómo se puede hablar de causas (análogas a las causas físicas) en sociología, cuando las cosas puestas en relación son ficciones carentes de realidad individual?» (Ídem: 7) De igual modo, también advertía que no había ninguna razón en sociología para suponer que fenómenos alejados en el tiempo y en el espacio unos de otros podían ser lo suficientemente homogéneos como para poder establecer entre ellos una relación de causalidad (Ídem: 13).

Como no podía ser de otro modo, Sorel también enfoca sus diatribas a dos dimensiones de las formulaciones durkheimianas que ya hemos comentado en la voz de otros contemporáneos: la coerción de los fenómenos sociales y el carácter *sui generis* de lo colectivo. En cuanto a la primera de ellas, enjuicia la objetividad de la coerción en estos términos: «En mi opinión, no es muy científico considerar la coerción como un carácter objetivo de los fenómenos sociológicos, porque la coerción debe ser sentida y no puede ser constatada si no es por el testimonio de la conciencia, es decir, por un procedimiento que no pertenece a la sociología» (Ídem: 17). Del mismo modo, impugnaba la novedad de la emergencia de lo colectivo amparado en el efecto de la asociación (de conciencias individuales) y la catalogaba, sin más, como una «alquimia misteriosa» que lo

obligaba, a pesar de no querer replicar las posiciones de las escuelas espiritualistas a introducir el «espíritu social».

Luego de estos planteos, Sorel impugna, también, el modo en que *Les règles* expresa una continuidad con la concepción de base que Durkheim había presentado en *La division du travail*, a saber, la inexistencia del conflicto o lucha de clases que desde una mirada marxista es inseparable del proceso: «El socialismo introduce en el estudio de este proceso un factor que descuidan sistemáticamente los sociólogos; no separa la división del trabajo y la formación de las clases: organizadas por la lucha, ejercen una influencia capital sobre la división del trabajo, introduciendo fuerzas muy diferentes de las que habla Durkheim. Gracias a la doctrina de la lucha de clases, se puede seguir el verdadero proceso histórico, mientras que el de nuestro autor es solamente esquemático y lógico [...] Gracias a la teoría de las clases, los socialistas no vinculan los fines con entidades imaginarias, con necesidades del alma colectiva y otras tonterías sociológicas, sino con hombres reales congregados en grupos actuantes en la vida social. Así es como abren a la investigación psicológica una nueva vía y le permite tomar una parte considerable de la investigación sociológica: le marcan las direcciones en las cuales debe plantear sus análisis» (Ídem: 24). En este registro, Sorel rescata la dimensión empírica del sustento grupal de los fenómenos sociales (las clases), a la vez que diluye la exclusión de la psicología de su consideración para los estudios sociológicos.

De manera análoga a como lo vimos con Tarde, aunque en una dirección muy distinta, Sorel también llama la atención sobre la invocación al *milieu* que Durkheim realiza en *Les règles*. Reconstruyendo sus usos en la fisiología de Claude Bernard, y sus derivas en las miradas organicistas como la de Spencer, en un principio valora su consideración porque «[...] tiene por objeto hacernos pasar de la filosofía de las entidades a la filosofía de las relaciones: el ser es considerado sólo desde un punto de vista incompleto y falso cuando no se lo pone en relación con su medio y éste no es *medio* sino por las relaciones que mantiene con el ser contenido» (Sorel, 1895b: 151 – bastardilla original). Ahora bien, el problema que advierte Sorel es que la mirada que despliega Durkheim del *milieu* en tanto sociólogo es de una cierta *neutralidad*. Si el *milieu* fuera definido de un modo materialista debiera ser considerado un «*champ de forces*». Esa neutralidad es la que desafía el desarrollo teórico de Marx al poner en el centro de la reflexión la lucha de clases. En las entidades sociales que Durkheim indaga con su proceder sociológico, Sorel descubre las relaciones políticas que no son explicitadas por él (Nijhoff, 1985: 268), y que repara a partir del prisma de Marx: «la mayoría de las veces, no vemos que la consideración del entorno es inseparable de la del movimiento y nos conformamos simplemente con vincular una producción humana a las condiciones ambientes. Esta es la forma común de las teorías sobre el medio [milieu] y debe ser examinada de cerca, porque no me parece que haya sido superada por M. Durkheim» (Ídem: 155). Esta limitación era acompañada de otras. Sorel le cuestiona a Durkheim tener una mirada sobre el progreso y las instituciones carente de una nítida apoyatura materialista, lo que hacía que repitiera, hasta cierto punto, posturas idealistas, visibles, a su juicio, en el modo en que considera la necesidad, por ejemplo, de reanimar el «espíritu de familia» recreando las «fuentes de autoridad». De modo categórico, Sorel rebate «*La materia sociológica es, en la filosofía de K. Marx, el sistema de la producción y del intercambio*. Definir las instituciones es decir cómo esta materia es puesta (o debe ser puesta) en práctica» (Ídem: 161 – bastardilla original).

Asimismo, el repertorio categorial de Durkheim proveniente de la química y de la física, en especial el que recrean las nociones de *densidad* y de *volumen*, también son cuestionados por Sorel. Su excesivo simplismo requería de cuidados y mediaciones, al punto de reconocer que «si quisiéramos operar como Durkheim y tomar una nomenclatura tomada de la física, tendríamos que pedir que, después de haber reconocido los grupos, sus tendencias y las características generales de sus movimientos, determináramos las masas de estos grupos, sus densidades y sus tensiones» (Ídem: 168). En pocas palabras, para poder delimitar correctamente esos grupos (en el esquema de Durkheim, los que pueblan el medio social interno), sería necesario —a juicio de Sorel— apreciar detenidamente las condiciones económicas de su formación. La misma dificultad expresa, no casualmente, la referencia a los *estados normales* y *patológicos*. Sorel insiste en que, en un mundo en permanente cambio, lo normal sólo puede ser considerado un término relativo, cosa que es aún más indiscutible para el hombre de Estado que se dispone a gobernar. Si para poder trazar esa distinción es necesario, según Durkheim, dar cuenta de las *condiciones de existencia*, Sorel sentencia que «para [definirlas] habría sido necesario ubicarse sobre el terreno de la filosofía marxista» (Ídem: 177).

Con estos señalamientos, Sorel advierte tanto la potencia como el límite de los planteos durkheimianos. Permítasenos un citar *in extenso* como reflejo explícito el diagnóstico que extrae de su lectura: «el autor ha planteado sus investigaciones tan lejos como le fue posible sin entrar en el socialismo; en muchas ocasiones parece que se asustaba de su osadía, y no se atrevía a formular sus pensamientos con toda la precisión que uno tenía derecho a esperar de él. ¿Buscará Durkheim ir más allá de la posición que ha adoptado? Si lo hace, no puede dejar de tomar prestado del marxismo la concepción de las clases. Tal vez logre, incluso, traspasar por completo la frontera que le separa de nosotros: sería un acontecimiento feliz para la filosofía social; yo sería el primero en llamarle mi maestro. Ningún estudioso está tan bien preparado como él para introducir las teorías de K. Marx en la enseñanza superior; pues es el único sociólogo francés que posee una preparación filosófica suficiente y un espíritu crítico suficientemente desarrollado para poder captar en los cambios de la historia las leyes científicas y las condiciones materiales del desarrollo (Ídem: 179-180).

En esta conclusión se advierte cómo *Le devenir social* pensaba, con uno de sus pilares y director —cómo vimos—, que el esclarecimiento de la teoría marxista y su apertura a los medios universitarios requería de un debate y contrapunto con la sociología, que advirtiera solapos y objetivos próximos, a la par de fundamentos políticos y prácticos distintos. En la mirada soreliana, *Les règles* condensaba la aproximación más lograda de la emergencia de ese saber, cuya rigurosidad y sistematicidad la colocaban por encima de las alternativas que Worms y Tarde ofrecen por entonces.

A modo de conclusión

La amplitud y el diverso tenor de las críticas que *Les règles* recibieron hicieron no sólo que Durkheim agregara un nuevo *Prefacio* a la segunda edición de 1901 con gran cantidad de matices, precisiones y redefiniciones ausentes en la primera edición; también impactaron de sobremano en la factura de *Le suicide*. Como pudimos advertir, las diatribas lanzadas desde la *Revue Internationale* de Worms significaron un asedio directo al modo en que Durkheim concebía el hiato entre psicología y sociología, del mismo modo que apuntalaron, lógicamente, la figura de Tarde —

como también lo hará la *Revue Philosophique*— para ubicarlo como su más enconado contradictor. No es casual, entonces, que a partir de 1895 ambos autores corporicen nuevos intercambios para nutrir el que tal vez fuera el debate central de la sociología francesa en sus orígenes. Durkheim dedicará un capítulo entero de *Le suicide* a cuestionar la teoría de la imitación tardeana (Cap. IV – Libro I) y buena parte del Cap. I del Libro III (*El elemento social del suicidio*) para profundizar la reflexión sobre la novedad emergente del proceso de asociación de las conciencias individuales, donde, por primera vez, se hace presente con peso propio, la invocación a las *representaciones colectivas* como vehículo categorial que le permitía matizar el peso de la aproximación morfológica, salvando la dimensión psíquica de la sociedad, sin subsumirla al plano de las representaciones individuales. Al año siguiente, en 1898, un artículo enfocado en la cuestión terminaría por sistematizar el que –a su juicio— buscaba ser el último capítulo de la polémica con Tarde. No lo fue. La controversia continuó casi hasta el fallecimiento de este último en 1904.

Así como la sociología institucionalizada por Worms –a quien Durkheim prácticamente ignoró (Borlandi, 2015: 90)— recibió sus embates inmediatos corporizándolos en Tarde, la respuesta a las diatribas sorelianas no se realizaron de manera directa, ni tuvieron el mismo alcance, ni derivas. En rigor, Durkheim desplegó de manera multiforme un posicionamiento en torno a ellas a lo largo de un curso dedicado al socialismo y una reseña a su contemporáneo, Antonio Labriola (1843-1904). Por Marcel Mauss (1872-1950) sabemos que el curso sobre socialismo fue dictado por Durkheim a poco de la salida de *Les règles*, entre noviembre de 1895 y marzo de 1896. Su abordaje general quedaba encorsetado en esta tesis: «El socialismo no es una ciencia, una sociología en miniatura; es un grito de dolor y, a veces, de cólera, lanzado por los hombres que sienten más vívidamente nuestro malestar colectivo» (Durkheim, 1992 [1929]: 37). El sociólogo alsaciano cerraba con una simple operación una de las aristas que dejaba abierta la crítica de Sorel: el socialismo no rivaliza con la sociología, porque ésta lo considera simplemente un objeto de estudio. En la reseña que publicara en la *Revue Philosophique* en 1897 al texto de Labriola «*Essais sur la conception matérialiste de l'histoire*» no solo toma distancia del socialismo en general, sino del marxismo en particular; finalmente Sorel recibe vía Labriola² una respuesta: «No sólo la hipótesis marxista no está probada, sino que ella es contraria a los hechos que parecen asentados. Sociólogos e historiadores tienden cada vez a coincidir en esta afirmación común que plantea que la religión es el más primitivo de todos los fenómenos sociales [...] En el principio todo es religioso» (Durkheim, 1897: 650). La prioridad del punto de vista económico, reclamado en la estela marxiana, por parte de Sorel, mutaba en Durkheim en la primacía asignada al fenómeno religioso: «Estamos lejos de sostener que el factor económico sólo sea un epifenómeno: una vez que existe, tiene una influencia que le es especial; puede modificar parcialmente el substrato mismo de donde procede. Pero no tenemos ninguna razón para confundirlo, de ninguna manera, con ese substrato, como para hacer de él algo particularmente fundamental» (Ídem: 651).

En el segundo *Prefacio* de *Les règles* (1901), Durkheim negaba tajantemente el ontologismo achacado a su obra en la primera edición. Respondía que en ese momento ya se había considerado a la vida social como «enteramente constituida por representaciones». Cualquier lector atento del libro sabe que, en esa primera edición, las cosas no estaban planteadas en esos términos. La

² El texto de Labriola había sido escrito en el formato de cartas dirigidas a Sorel, una de las muestras que patentizaba cómo el pensamiento del italiano se había forjado, en buena medida, en diálogo con el francés. Fue a iniciativa de Sorel que Labriola se suma como colaborador a *Le devenir social* (Sand, 1988: 207-213).

ubicación protagónica que la noción de *representaciones colectivas* adquiere en la apretada síntesis con que el segundo *Prefacio* busca rescribir aquello que provocó las «vivas controversias» previas, hace palpable que las críticas dejaron huellas y, en cierto modo, fueron prohijadas. Las proferidas desde las lecturas socialistas parecen más bien haberse disipado, en especial, si se advierte el peso protagónico que fue adquiriendo desde 1895, en sus abordajes, la apelación a los fenómenos religiosos. Retrospectivamente dirá que los estudios y el curso sobre religión dictado ese año habían constituido para él «una revelación». El interés progresivo en la temática, paralelo a la desaparición del interés teórico por el socialismo, anticipa las derivas que jalonaron sus derroteros teóricos posteriores en el nuevo siglo.

Bibliografía:

ANONIMO (1895): «Status», *Annales de l'Institut international de sociologie*, 1 : VI-VII.

BORLANDI, Massimo (2015): «René Worms critique d'Émile Durkheim, qui l'ignore», *Les Études Sociales*, 161-162 (1): 87-118.

CLAUX, Léon (1895): «Comte rendu Durkheim», *La Revue socialiste*, 22: 125-126.

CONSOLIM, Marcia - MOSBAH-NATANSON, Sébastien (2023): «Entre sociologie et socialisme: la correspondance René Worms – Georges Renard», *Les Études Sociales*, 177 (1): 277-303.

DURKHEIM, Émile (1897a): «Antonio Labriola. Essais sur la conception matérialiste de

DURKHEIM, Émile (1992) [1928]: *Le socialisme*. París: Presses Universitaires de France.

FOUILLÉE, Alfred (1895): «Les études récentes de Sociologie», *Revue internationale de sociologie*, 3 : 813-826.

GEIGER, Roger (1981): «René Worms, l'organicisme et l'organisation de la sociologie», *Revue française de sociologie*, 22 (3): 345-360.

JULLIARD, Jacques - SAND, Shlomo (1985): *Georges Sorel et son temps*, París, Éditions du Seuil.

LABICA, Georges - TEXIER, Jacques (1988): *Labriola d'un siècle à l'autre. Actes du colloque international, CNRS, 28-30 mai 1985*, París, Meridiens Klincksiek.

LAGARDE, Paul (1894a): «Revue des Revues», *La Revue socialiste*, 19: 623-624.

LAGARDE, Paul (1894b): «Revue des Revues», *La Revue socialiste*, 20: 110-111.

l'histoire. *Comte rendu*». *Revue Philosophique de la France et de l'Étranger*, 44 : 645-651.

LINDENBERG, Daniel (1975): *Le marxisme introuvable*, París : Calmann-Lévy.

MALON, Benoît (1880): «Programme». *La Revue Socialiste*, 1 : 5-18.

MOSBAH-NATANSON, Sébastien (2006): «*La sociologie est à la mode*». *Productions et producteurs de sociologie en France autour de 1900*, Tesis de Doctorado, Paris, Université Paris-Dauphine.

MUCCHIELLI, Laurent (1998b): «Aux origines de la psychologie universitaire en France (1870-1900): enjeux intellectuels, contexte politique, réseaux et stratégies d'alliance autour de la Revue philosophique de Théodule Ribot» *Annals of Science*, 55: 263-289.

NIJHOFF, Peter (1985): «Georges Sorel et Émile Durkheim: convergences et divergences, 1894-1899» en JULLIARD, Jacques - SAND, Shlomo (1985): *Georges Sorel et son temps*, 263-286.

NOCERA, Pablo (2022): «*Sociología, socialismo e individualismo en La división del trabajo social de Émile Durkheim. Las reseñas críticas de sus contemporáneos*», Ponencia, XI Jornadas de Sociología, Universidad de La Plata, 5, 6 y 7 de diciembre.

PROCHASSON, Christophe (1994) «Jaurès et les revues», en REBERIOUX, Madeleine - CANDAR, Gilles (1994) *Jaurès et les intellectuels: Actes du colloque international, 8-9 janvier 1988*, 119-132.

REBERIOUX, Madeleine - CANDAR, Gilles (1994) *Jaurès et les intellectuels : Actes du colloque international, 8-9 janvier 1988*, Paris: les Éd. de l'Atelier-les Éd. ouvrières.

SAND, Shlomo (1985): *L'illusion du politique. Georges Sorel et le débat intellectuel 1900*, París: La Découverte.

SAND, Shlomo (1988): «La 'réception' des écrits de Labriola en France a la fin du siècle dernier» en LABICA, Georges – TEXIER, Jacques *Labriola d'un siècle à l'autre. Actes du colloque international, CNRS, 28-30 mai 1985*, 207-220.

SOREL Georges (1895a), «Les théories de M. Durkheim», *Le devenir social*, 1: 1-26

SOREL Georges (1895b), «Les théories de M. Durkheim», *Le devenir social*, 1: 148-180.

TARDE, Gabriel (1895a): *La logique sociale*, París: Félix Alcan.

TARDE, Gabriel (1895b): «La sociologie élémentaire», *Annales de l'Institut international de sociologie*, 1 : 209-243.

TESNIÈRE, Valérie (2001): *Le Quadrige. Un siècle d'édition universitaire 1860-1968*, París: Presses Universitaires de France.

WORMS, René (1893): «La sociologie», *Revue internationale de sociologie*, 1 : 3-16.

WORMS, René (1895): «Discours de M. René Worms. Secrétaire général», *Annales de l'Institut international de sociologie*, 1 : 13-18.